

Actividad 5: Comentario de textos de Kate Millett

Tercera parte. Consideraciones literarias

5. D.H. Lawrence

DEVOTO

-¡Déjame verte!

Él se quitó la camisa y permaneció inmóvil, con los ojos fijos en su amante. Un rayo de sol que penetraba por la ventana iluminaba sus muslos y su fino vientre, y el falo se erguía, oscuro y cálido, sobre una ardiente nubecilla de vello dorado. Ella estaba atónita y asustada.

-¡Qué extraño! –murmuró suavemente-. ¡Qué extraño parece! ¡Tan grande, tan moreno y tan seguro de sí! ¿Está siempre así?

El hombre miró su blanco y esbelto cuerpo, y se echó a reír. Entre sus tetillas brotaba un vello espeso, casi negro. Pero en su bajo vientre una resplandeciente nubecilla rojiza aureolaba su grueso y arqueado falo.

-¡Qué arrogante! –susurró inquieta-. Y ¡qué esplendido! Ahora comprendo por qué sois tan imperiosos los hombres. Pero es *verdaderamente* cautivador. ¡Como se fuese oro ser! ¡Inquietante, pero fascinador! ¡Y apunta hacia *mí!* –se mordió el labio inferior, temerosa y excitada.

Él miró en silencio su falo erecto, que no se alteraba...

-Un coño, eso es lo que tú buscas. Dile a Lady Jane que deseas un coño. John Thomas, ¡tú deseas el coño de lady Jane!

-¡Por favor, no le importunes! –dijo Connie, arrastrándose sobre la cama y rodeando con sus brazos las finas caderas de su amante. Luego lo atrajo hacia ella hasta que sus pechos rozaron, con suave balanceo, la punta del falo tenso y excitado, recogiendo su jugo. Se apretó contra él.

-¡Échate! –dijo éste-. ¡Échate y recíbeme!

Ahora tenía prisa⁸.

El amante de lady Chatterley es el relato casi religioso de la salvación de una mujer moderna (el resto no es sino una serie de detalles “gráficos”) por obra y gracia del “misterio del falo”, al que el autor rinde un culto personal⁹. El pasaje citado –que representa la revelación sacramental propiamente dicha– constituye el sanctasanctorum de la novela: una escenificación de la transfiguración, en la que intervienen nubes y rayos de sol (en la obra de Lawrence, el astro solar reviste carácter fálico) que iluminan la ascensión de un dios “grueso y arqueado” ante los reverentes ojos de una creyente.

En un principio Lawrence pensó titular esta novela con el vocablo *ternura*, y aun cuando Oliver Mellors –apoteosis final del héroe lawrenciano– abriga una animosidad sexual exagerada (le gustaría “liquidar” en masa a todas las lesbianas y a las mujeres que los freudianos califican de “clitoridianas”, entre las que figura, por cierto, su propia esposa), se encuentran en *Lady Chatterley* muy pocas manifestaciones de esa violencia sexual y de esa despiadada explotación que resaltan con tanta claridad en la obra de Mailer y Millar, y muy pocos reflejos del sistema de castas sexuales que Genet analiza con tanta honestidad. Lawrence parece querer hacer las paces con la mujer y proponer, en un último arranque de pasión, el cese de las hostilidades hincadas en 1918 –es decir, casi diez años antes– con la publicación de *Aaron’s Rod*. Cuando se compara con las novelas y los relatos cortos que la precedieron, *Lady Chatterley* toma casi el aspecto de un acto de desagravio. En efecto, Constance Chatterley se considera en el singular privilegio de contemplar a una divinidad

⁸ D. H. Lawrence, *Lady Chatterley’s Lover* (1928), Nueva York, Random House, 1957, págs. 237 y 238.

⁹ *Ibíd.*, pág. 238.

desnuda¹⁰ que representa al creador en persona, en un estado más impresionante. Mientras que el clima de *Kangaroo*, *Aaron's Rod* y *La serpiente emplumada* es homoerótico, el de esta novela es francamente narcisista.

En *Lady Chatterley*, al igual que en toda su última etapa literaria, Lawrence utiliza indistintamente los adjetivos "sexual" y "fálico", de tal modo que, antes que una exaltación de la pasión sexual, dicha novela es sobre todo una celebración del pene de Oliver Mellors, guardabosque y profeta social. Si bien subraya que su misión radica en la noble y necesaria tarea de liberar la conducta sexual de la perversa inhibición y en purgar las novelas que la describen de todo eufemismo lascivo o pudibundo, Lawrence es, de hecho, el abogado de una causa muy distinta: la "conciencia fálica". No defiende, a decir verdad, "la resurrección del cuerpo", "el amor natural" y otros lemas que le han conferido celebridad, sino la transformación del ascendiente masculino en una religión mística, internacional y, posiblemente, institucionalizada. Nos hallamos ante la política sexual en su manifestación más abrumadora, pero Lawrence es un político sumamente hábil y sutil. Su mensaje masculino se nos transmite a través de una conciencia femenina: una mujer describe el falo erecto, tal como ella lo contempla, es decir, alzándose cual fénix sobre su aureola de vello dorado, "arrogante", "espléndido" y "cautivador", pero también "moreno", "seguro de sí", "inquietante" y "extraño", capaz de inspirar una mezcla de temor y excitación que se exterioriza mediante inquietos murmullos. En la siguiente erección, Connie y el autor-narrador nos informan que el pene es "presuntuoso", "dominante" y "terrible". La erección constituye, para la mujer, una prueba material irrefutable de que la supremacía masculina se asienta sobre una base real e incontrovertible. Connie es una alumna diligente, que responde, cual modosa catequista: "Ahora comprendo por qué sois tan imperiosos los hombres". Con el éxtasis de una ferviente devota –parodia del arrobamiento y el deleite de una mujer enamorada– se inclina ante la aterradora y sublime divinidad de cuya contemplación le está permitido gozar. Su timidez ante el fenómeno biológico de la erección –que Lawrence subraya con indudable sadismo– constituye otra prueba del masoquismo femenino. Resulta ciertamente extraordinaria la abyecta piedad que Lawrence pone en boca de la enamorada: "Pero es *verdaderamente* cautivador... ¡Inquietante, pero fascinador! ¡Y apunta hacia mí!" No es de extrañar que Simone de Beauvoir observase, en su crítica de dicho autor, que dedicó su vida a la redacción de manuales para mujeres. Constance Chatterley encarna la misma sabiduría contrarrevolucionaria que Marie Bonaparte.

(...)

Kate Millett (1995): *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., pág 411-414

Preguntas:

- ¿Qué importancia atribuye el feminismo radical a la sexualidad?
- ¿Cuál es la crítica que hace Millett a Lawrence?

10 Lawrence solía encubrir las maravillas de la sexualidad con vagas metáforas relativas al vuelo cósmico o al movimiento espacial, en las que repetía hasta la saciedad el calificativo "profundo". *Lady Chatterley's Lover* contiene las únicas descripciones explícitas, en toda su obra, del acto sexual.

8. Jean Genet

(...)

Genet es el único escritor contemporáneo que ha sabido ver en el sexo femenino una inapreciable potencial revolucionario, y ha optado por identificarse con este grupo oprimido. Las peculiares condiciones en que se desarrolló su vida le predisponían a simpatizar con las personas menospreciadas y sojuzgadas. Sus últimas producciones dramáticas constituyen así una fusión de la sexualidad y de diversas situaciones políticas opresoras: *El balcón* es una combinación del poder y el sexo, *Les Nègres*, del sexo y la raza, y *Les Paravents*, del rango sexual y la mentalidad colonialista. En oposición a Lawrence, Millar y Mailer, quienes consideran a la mujer una molesta fuerza minoritaria que el hombre debe sofocar y describen en su obra un orden social en el que aquélla está perfectamente controlada, Genet la convierte en uno de los pilares de la revolución social, tras descubrir en su dependencia secular una fuente inagotable de rebelión explosiva. Y en *Les Paravents*, las mujeres encarnan, de hecho, la revolución.

(...)

Kate Millett (1995): *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., pág 597

Preguntas:

- ¿Cuál es la tesis de Millett en el comentario de la obra de Jean Genet?
- ¿Qué relación atribuye Millett a la clase, raza y sexo?

2. Teoría de la política sexual

(...)

En el momento actual resulta imposible resolver la cuestión de los orígenes históricos del patriarcado (ya derive sobre todo de la fuerza física superior del varón, ya de una revalorización de dicha fuerza, como resultado de un cambio de circunstancias). Sea lo que fuere, tales controversias revisten escaso interés cuando consideramos las realidades concretas del patriarcado contemporáneo y de su política sexual, cimentada, según afirman muchos, sobre la naturaleza misma. Desgraciadamente, las diferencias psicosociales alegadas para justificar la realidad política que existe hoy en día entre los sexos no constituyen variables tan claras, concretas, mensurables y objetivas como las utilizadas por las ciencias físicas, sino que, por el contrario, se trata de postulados imprecisos y confusos, enunciados como si fueran dogmas religiosos. Hemos de admitir, en consecuencia, que muchas de las distinciones comúnmente reconocidas entre ambos sexos en lo que atañe al temperamento, al papel social y, en particular, a la posición, se asientan sobre una base esencialmente cultural, y no sobre la mera biología. Han resultado infructuosos todos los intentos realizados para demostrar que el dominio es un rasgo inherente al temperamento masculino (lo cual equivaldría a validar, desde el punto de vista de la lógica y del análisis histórico, la situación patriarcal en lo tocante al papel y a la posición). Si bien prevalece un completo desacuerdo acerca de la índole de las diferencias sexuales, los investigadores más sensatos han perdido toda esperanza de formular una ecuación precisa entre el temperamento y la naturaleza biológica. No parece próximo el día en que logre resolverse el problema relativo a la existencia de otras diferencias sexuales innatas, junto a las variables biogenitales que ya conocemos. La endocrinología y la genética no han conseguido hasta la fecha descubrir una disparidad mental o emocional entre ambos sexos¹¹.

No sólo se carece de pruebas suficientes sobre el origen físico de las distinciones sociales que establece actualmente el patriarcado (posición, papel y temperamento), sino que resulta casi imposible valorar las desigualdades existentes por hallarse saturadas de factores culturales. Sena cuales fueren las diferencias sexuales "reales", no las conoceremos hasta que ambos sexos sean tratados con paridad, lo cual constituye un objetivo un tanto lejano. Un interesante estudio realizado hace poco no sólo descarta casi por completo la posibilidad de atribuir las diferencias temperamentales a variables innatas, sino que pone incluso en duda la validez y constancia de la identidad psicosexual, aportando pruebas positivas del carácter *cultural* del género, definido como la estructura de la personalidad conforme a la categoría sexual.

(...)

Kate Millett (1995): *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., pág 75

Preguntas:

- ¿Cuál es el origen histórico del patriarcado según Kate Millett?
- ¿Cómo desarticula los supuestos biologicistas de las diferencias sexuales?

¹¹ No se posee ninguna prueba convincente en este campo. Los experimentos relativos a la conexión existente entre las hormonas y la conducta animal no sólo arrojan resultados ambivalentes, sino que llevan en sí la incertidumbre implicada por cualquier razonamiento basado en una analogía con la conducta humana. El lector hallará una recopilación de los argumentos aportados a este respecto en David C. Glass (director de edición), *Biology and Behavior*, Nueva York, Rockefeller University and the Russell Sage Foundation, 1968.